

**DOMINGO III DE ADVIENTO (B)**  
**Homilía del P. Bernabé Dalmau, monje de Montserrat**  
**14 de diciembre de 2014**  
**Is 61.1-2a.10-11 / 1 Ts 5,16-24 / Jn 1,6-8.19-28**

Queridos hermanos y hermanas,

Este domingo tercero de Adviento, el domingo de especial alegría ante la próxima venida del Señor, nos presenta la austera figura de Juan el Bautista. El evangelista ha introducido su persona a través de unos versículos que oiremos también el día de Navidad: "No era él la luz, sino testigo de la luz".

El evangelista nos dice, pues, que Juan no era la Luz. Pero sus contemporáneos preguntan insistentemente por la identidad del Bautista: "¿Tú quién eres? ¿Quién eres? ¿Qué dices de ti mismo?". Él reconoce que es sólo una voz que invita a allanar el camino del Señor. La interpelación de los contemporáneos de Juan también vale para cada uno de nosotros, en la línea de lo que escribía san Pedro que hay que dar razón de la esperanza que hay en nosotros (cf. 1 Pe 3,15). Para poder dar razón de algo, hay que tener, de esperanza en ello. El tiempo de Adviento es tiempo de esperanza, porque "aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo. El transformará nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso" (Flp 3,20-21).

¿Qué más esperamos? Aquí podríamos poner también -por qué no- todas las esperanzas humanas, las que cada persona, cada familia, cada grupo tiene de conseguir una mejora de la situación presente. Pero siempre con el fin de afianzar nuestra esperanza en Cristo Salvador, sabiendo distinguir bien entre la construcción del Reino de Dios y las esperanzas humanas. En otras palabras, tenemos que saber integrar todo lo que somos y anhelamos en nuestra situación de cristianos en el mundo de ahora y de aquí.

Por eso es importante hacer nuestra la interpelación que también oyó el Bautista: ¿Quién eres? ¿Qué dices de ti mismo? Hablábamos de la esperanza. Es, como la definía un escritor del siglo pasado, la hermana pequeña al lado de la fe y la caridad. Pero la esperanza existe y tiene su personalidad. De acuerdo con el texto de san Pedro citado antes, esperar como salvador a Jesucristo el Señor es ya una opción que no puede pasar desapercibida, tanto más que esta esperanza está vinculada a "la transformación de nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso".

El profeta Isaías viene en nuestra ayuda para precisar mejor nuestra identidad cristiana. En efecto, la lectura primera constaba de dos bloques de versículos. En los versículos finales, oíamos una alabanza agradecida: El Señor "me ha envuelto en un manto de triunfo, como novio que se pone la corona, o novia que se adorna con sus joyas". Pero al comienzo de la lectura encontrábamos las palabras que san Lucas pone en boca de Jesús como programa de su misión: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado para dar la buena noticia a los que sufren, para vendar los corazones desgarrados, para proclamar la amnistía a los cautivos". Por tanto, alabanza y misión.

¿Quién eres? ¿Qué dices de ti mismo? Soy el que aclamo el Señor lleno de gozo porque el Señor hará brotar el bienestar y la gloria. Pero también soy el que he recibido el Espíritu del Señor en bien de aquellos necesitados que hay que curar, liberar, e iluminar. Es el "ora et labora" del pueblo creyente.

La identidad cristiana está sostenida, pues, por la presencia del Espíritu de Dios en nosotros que nos envía a obrar el bien y hace de nuestra vida una alabanza. Dios que nos llama, es digno de toda confianza. Él lo hará así (cf. 1 Tes 5,16-24).